

Presentación de *Juan Rulfo: otras miradas*
Víctor Jiménez, Julio Moguel, Jorge Zepeda (coordinadores)

Por Carlos San Juan Victoria

12 de mayo de 2010
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM
México, D.F.

Mirar el prodigio cotidiano

1. El libro *Juan Rulfo: otras miradas* recupera los testimonios de muchos de los pares de Juan Rulfo, escritores reconocidos de la literatura mundial, la voz de sus traductores y los desafíos que plantea su obra, y con ello muestra con rigor admirable un contraste de nuestros días: a la vez que se expanden los ecos entusiasmados por la obra de Rulfo en geografías dispares, en México ciertas élites que se dicen las más globales insisten en callar o regatear su valor al alza. Curiosa fórmula. Aprecio global y ninguneo local se dan la mano. Este contraste invita a reflexionar sobre dos aspectos relacionados: la cualidad de resonancia de la obra rulfiana, más allá del invernadero local de lenguajes y de costumbres; y en contrapunto, ese espacio acústico tan peculiar que es nuestra cultura institucional que, en lugar de reconocer y valorar, intenta nulificar su timbre. Veamos

2. Hay un equívoco reductivo en la noción más usada de globalizar: invita a pensar un mundo igual, homogéneo, y oculta otro hecho decisivo: la comunicación intensa, hoy a la mano, de la Diferencia. El mundo es una colección infinita de culturas distintas, un muestrario ahora dominante de modos de ser sedentarios, atrapados o gozosos de sus genealogías de lengua, tierra y sangre, que de cuando en cuando, como sismo, mejor aún como tsunami, se invaden y se mezclan. Es el mundo de la diferencia. ¿Qué eco hace la obra rulfiana, una filigrana de microcosmos, que las muchas culturas diversas vibran ante ellas? Aquí, me parece, reside el misterio de la belleza.

3. El libro *Otras miradas* nos aporta dos aproximaciones a ese primer misterio, sea en boca de escritores renombrados o en los traductores de la obra rulfiana: la familiaridad por un lado y el asombro por el otro. La familiaridad, el sentirse cercano, adoptar a Comala como el propio pueblo, mirarse como en un espejo en los microcosmos de *El Llano en llamas* y de *Pedro Páramo* para animarse a contar las pequeñas historias de pueblos y villas perdidas. Y a veces la misma voz alude a la percepción emocionada, un estremecimiento estético, que ve surgir el prodigio de la palabra exacta, de la imagen sonora, de una historia poderosa, entre el polvo y el calor de un pueblo y de personajes como hay muchos. Ambas emociones, la de la cercanía familiar y el distanciamiento asombrado ante la belleza, sin embargo, parecen fundidos de cierta manera.

4. Reparo en varias pistas que despierta la obra rulfiana para otros escritores y que me parecen sustantivas: el asombro de García Márquez que se renueva a cada lectura; el capturar las huellas de almas y mundos perdidos en boca de Günter Grass; que la realidad es loca e imprevisible y la literatura, como crónica de lo inaudito, permute al fin verla, según dice en tres textos preciosos Tahar Ben Jelloun; *Pedro Páramo* como una siembra de maravillas en palabras de Iaculli. Cito a Tahar en unas frases que a mi gusto resumen el sentido esencial de la obra rulfiana: “Sólo traicionando lo que aparece y torciendo el cuello a la evidencia,

algunos creadores han podido comprender y hacernos comprender una parcela de lo real”. ¿A dónde nos conduce, si lo hace, este inventario de emociones ante el prodigio?

5. Tal vez a advertir que de materiales tan cotidianos una prosa poderosa y poética hace visible lo invisible, en el tejido del día a día y regresa la experiencia cotidiana a sus gritos fundadores ya perdidos. “Las palabras usuales son como vestidos que disimulan; mientras que el lenguaje literario es el lenguaje desnudo hasta el espanto”, dice Pascal Quignard en frase que nos evoca de inmediato los dos libros, *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo. Y en este último, la vibración estética que despierta el modo magistral de recuperar las huellas perdidas del gran predador llamado Pedro Páramo —“una montaña de injusticias”— y el ciclo vital de sus víctimas, que mueren para contar una y otra vez su existencia negada. El portento de la verdadera historia humana, la del dolor y de la vida que no cesa, aún cuando sólo sea el torrente memorioso de dos muertos que platican en el cementerio mientras llegan las primeras humedades al páramo.

6. La obra de Rulfo apenas se empieza a reconocer en toda su valía. Tiene que ver con la creciente presencia de una sensibilidad literaria diversa y dispersa, encarnada en creadores, críticos y traductores, donde la gran literatura tiene que ver, de manera sustantiva, con la transgresión que porta la belleza. 21 de octubre de 1984: en la antesala de su muerte, Sándor Márai dice a propósito de un libro que lee: “Describe la realidad con la susceptibilidad francesa, pero no nos muestra el prodigio, la chispa de la realidad, la energía escondida que se encierra en el prodigio. Hay pocos escritores que acierten a combinar la realidad con el prodigio”. (*Diarios: 1984-1989*, Salamandra, España, 2009, p. 69-70). En un acercamiento más complejo a la naturaleza de ese prodigio, Roberto Calasso nos recuerda el síntoma ineludible que atrapa al lector ante su despliegue: vivir “la sacudida estética”. “Su naturaleza es siempre la misma, ya se trate de un Dios o de una secuencia de palabras. Ya que a esto conduce la poesía: mediante lo completamente inaudito hace visible lo que de otro modo sería imposible ver.” Y lo que se ve es esa realidad que escapa a las convenciones, y que asedia como sueño, imagen estética o locura. Otra vez Calasso: “¿A que se refieren todos los escritores que he mencionado cuando dicen, cuando piensan acerca de algo: *es literatura?* [...] señalan con esa palabra el único paisaje en el que creen vivir: una suerte de realidad secundaria, que se abre detrás de las fisuras de la otra realidad, donde todos se han puesto de acuerdo acerca de las convenciones que hacen funcionar la máquina del mundo.” (*Literatura absoluta, literatura y los dioses*, Anagrama, 2002, Barcelona) ¿Qué otra cosa nos dice Tahar con la siguiente frase? “La realidad de esta tierra mexicana, herida por tantas guerras y violencia, no es perceptible por el ojo desnudo. Es necesario pasar por la mirada de Juan Rulfo, un escritor raro y preciso, para alcanzar los límites alucinantes de este infierno que es la vida cotidiana de un pueblo al que nadie escucha”.

7. Si el primer misterio abre las puertas hacia la literatura como belleza que alumbra al mundo y a las almas, el segundo misterio, esa recalcitrante defensa contra Rulfo de ciertas élites culturales mexicanas, alude en cierta medida al poder. La cultura aparece entonces como un campo de resonancias atravesado por estrategias diversas que orientan, modulan o callan las diversas voces de los creadores. Ahí no reina la estética sino una diversidad de fenómenos de poder: inclinaciones del alma para erigirse en cacicazgo cultural, la ganancia como fin de la literatura mercancía, las políticas culturales y el hambre crónica de legitimidad del poder. Y eso, también, es la cultura.

8. Pero en ese denso tejido de pulsiones y acciones de las estrategias de poder se despliega intenso e irremediable el hecho estético. El libro *Otras miradas* se planta con la fuerza del

rigor analítico y documental contra ciertos aires que se quieren hegemónicos en el terreno estricto del hecho estético. Y se lo debemos a tres que lo coordinaron: Víctor Jiménez, un temple acostumbrado a caminar contra la opinión del poder y enamorado de la “vibración estética”. La capacidad de Jorge Zepeda que desde los estudios de recepción literaria hace la crítica acerada de la cultura mexicana. Y Julio Moguel en su empresa por restituir al Rulfo poeta, perdido en muchas lecturas y traducciones. Contra miradas interesadas o demasiado ingenuas, las *Otras miradas* parecen decirnos que en la cultural realmente existente, en México y en el mundo, se requiere de considerar y alimentar una tensión sustantiva: ante las estrategias del poder que transforman al acto literario en sumisión que repite y banalidad mercantil, el empeño por restituirle a ese acto su antigua y muy nueva vocación: transgredir la “realidad” para mostrarla transfigurada en un relámpago prodigioso de belleza.